dando una grande voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y diciendo esto expiró.»

Al terminar estas palabras todos caen en tierra, pegan sus labios con el suelo y quedan por algunos minutos en triste y profundo silencio.

Del Calvario se desciende á la Piedra de la Unción; y apenas terminada la conmemoración del embalsamamiento de Cristo, nos invitan los cantores á que nos despojemos de los vestidos de duelo y convirtamos los llantos en gozo. Se avanza cantando el himno de Resurrección, y á la entrada del Sepulcro glorioso se cree ver el Angel vestido de blanco, resplandeciente de luz y diciendo á las santas mujeres: «Jesús, á quien buscáis, no está aquí, ha resucitado como lo había predicho, y va delante de vosotras á Galilea, en donde le veréis.» Mientras que habla el Angel, cantan los coristas *Surrexit Dominus de Hoc sepulchro alleluia*. Todo el coro aplaude tan alegre nueva, y canta el *alleluia*, que repiten los ecos de la Basílica.

A pocos pasos de la Tumba, se encuentra el sitio en que se apareció Jesús á la Magdalena en figura de hortelano, y en donde exclamó iluminada por el Salvador: «Maestro.» Como Magdalena, se querría besar los pies de Jesús, pero se nos dice también como á ella: *Noli me tangere*, no me toquéis, y se nos muestra el camino del cielo, adonde es preciso subir antes de gozar de la visión beatífica.

VI

Las Letanías.—La colación.

Se suben en seguida algunas gradas y se llega á la capilla de la Aparición, en donde vió María por primera vez á su Hijo resucitado. Allí el peregrino se regocija con ella, la bendice, la felicita, implora, en fin, su protección poderosa mediante los alegres acentos de las Letanías acompañadas con el órgano.

A las Letanías siguen las últimas oraciones que rezan los religiosos de rodillas y con los brazos en cruz. Ruegan, ante todo, por el Romano Pontífice, y después por los reyes cristianos, por la unión y concordia entre los príncipes, por el rescate de los Lugares Santos, por todos los religiosos, por el Cardenal protector de la Orden, por el Patriarca de Jerusalén, por el Guardián de Monte Sión, por los peregrinos, por los navegantes, por los pecadores, por los bienhechores de la Orden, por la conversión de los infieles, extirpación de las herejías, salubridad del aire, por todas las necesidades espirituales y corporales, y, finalmente, por las benditas almas del Purgatorio. ¡Qué sea para siempre bendita esta ternísima devoción que, oponiendo cada día á la divina justicia armada contra las iniquidades del mundo, la víctima inmaculada de propiciación, detiene los castigos que tan justamente merecemos y hace correr por el universo entero un río inmenso de misericordias!

Terminadas estas últimas oraciones, se dirigen los Padres al refectorio para hacer colación. Digo colación y no cena, en atención á que en Tierra Santa se ayuna las dos terceras partes del año. Por lo demás, casi se puede decir que en el convento del Santo Sepulcro es perpetua la abstinencia, ya por la cantidad ó bien por la calidad de los manjares.

Al salir de esta refección, llamémosla así, que no dura más de un cuarto de hora, los religiosos quedan libres. Unos vuelven á la Sagrada Tumba, otros al Calvario con José y Nicodemo, ó á la capilla de la Invención de la Santa Cruz, ó bien van á postrarse delante del Santísimo Sacramento. Cada uno se dirige al lugar hacia donde siente más devoción.

Después se retiran á sus celdas hasta el primer toque de campana que á media noche volverá á llamarles á maitines, seguidos de los del Oficio Parvo que se reza entero cada día.

VII

La noche en el Santo Sepulcro.—Los cismáticos.

Además de la asistencia casi incesante al coro, tienen también que atender los Franciscanos en el Santo Sepulcro al servicio de los peregrinos. La mayor parte de éstos quieren, no sólo comulgar en la Basílica, sino también confesarse y llorar sus culpas en el mismo lugar en donde fueron expiadas. Para cumplir esto más á satisfacción, suelen pedir el que se les deje pasar allí una noche, favor que se les concede liberalmente

como á los católicos de Jerusalén cuando lo desean. Los hom-son alojados en el interior del convento, y las mujeres tienen á su disposición una pequeña cámara, situada en la galería inferior de la cúpula, enfrente del Santo Sepulcro. Desde aquel lugar se oyen los cánticos sagrados, se percibe el olor del incienso y se contemplan cómodamente todas las ceremonias sagradas... ¿Puede haber un lugar más envidiable que habitar? Los religiosos ejercen para con los peregrinos la hospitalidad más cumplida, dándoles, no sólo alojamiento, sino también de cenar y el desayuno. Un fraile se hace su criado, y procura que nada absolutamente les falte. La sonrisa está siempre en sus labios al mismo tiempo que las más santas palabras.

El incomparable privilegio de que gozan los frailes Menores, no lo tienen sino á costa de su vida penitente y mortificada, viéndose precisados para conservarlo á vivir juntos con los mismos cismáticos. Los griegos tienen su morada contigua al Calvario. Los armenios á la izquierda de la entrada de la Basílica, con una parte de la galería de la cúpula. Los abisinios tienen un sacerdote que come, bebe, duerme y ora en una obscura capilla cercana al sepulcro de San Nicodemo. Los coftos tienen su altar tras del templete del Santísimo Sepulcro; no viven en la iglesia, pero ofician allí, unidos con los abisinios que dependen del patriarca cofto que reside en el Cairo.

¡A no ver sino el exterior de las cosas, la magnificencia de las vestiduras sacerdotales, la profusión de los perfumes, el brillo de los dorados de las lámparas y de las arañas, la estrepitosa alternativa de instrumentos y de cánticos que, ora en la majestuosa lengua latina traducen á David y los Profetas, ó bien en el armonioso idioma de Homero interpretan el genio de los Cirilos, Atanasios y Crisóstomos, en donde se hacen revivir los himnos de la primitiva Iglesia en la lengua de los Faraones y Tolomeos, se podría llegar á creer que los pueblos no se han reunido en este lugar augusto sino para alabar á Cristo, el Esperado de las naciones, el Pontífice de los bienes futuros, el vencedor de la muerte!...

Pero ¡qué desencanto cuando, al penetrar en la vida íntima no se ve entre los cismáticos sino orgullo y presunción, apetitos groseros, odios, supersticiones, en una palabra, todos los vicios de un clero venal y farisaico, que llama de nuevo

el azote de Jesús indignado para arrojar á los vendedores del templo!

Tal compañía es un suplicio, una constante amenaza, una preocupación continua para los hijos de San Francisco, entregados á merced de los rusos, de esos invasores sacrílegos. Es verdad que hay protocolos, convenciones, leyes precisas para decidir que nuestros religiosos ocuparán tal altar durante tantas horas, que barrerrán las capillas de tal día á tal otro, que mantendrán encendidas tantas lámparas...

La menor infracción del reglamento sería señal de graves desórdenes y ocasionaría interminables altercados. Pero á pesar de los *protocolos* y de toda la prudencia franciscana, hay siempre algún conflicto en perspectiva. La serpiente de la envidia cismática se desliza por la menor hendedura al campo del vecino, en donde practica la anexión mejor aún que nuestros potentados modernos. Que se juzgue si no.

VII

La roca del Calvario.—Las escaleras.

Después del fatal incendio de 1808, cuando los griegos todopoderosos con el oro y apoyo de la Rusia reconstruyeron, según su antojo, la venerable Basílica, tuvieron la audacia de cortar la parte de la roca en que había sido plantada la Cruz, y la sustituyeron por un *facsímile* que se ve aún en nuestros días. Apenas consumado el robo, embarcaron para Constantinopla la bendita piedra teñida con las últimas gotas de la sangre de Cristo; pero no permitió el cielo que gozasen del fruto de su sacrílego latrocinio, pues naufragó el buque y la preciosa reliquia quedó en el fondo del mar.

Hacia el año de 1882 quitaron también los griegos dos escaleras de los latinos que habían estado siempre colgadas detrás del muro de la sacristía de los frailes Menores, según se va á la prisión de Nuestro Señor, y de las que se servían nuestros religiosos para limpiar las lámparas suspendidas de las bóvedas de los Santuarios.

Un día halló el sacristán en vez de su escalera otra de los

griegos. Creyendo ser esta una equivocación, quitó esta última y puso la suya; pero los griegos volvieron á hacer otro tanto. Interrogados sobre esto, tuvieron la desvergüenza de contestar que siempre había estado allí su escalera.

Toda tentativa de conciliación fué inútil. Entonces el cónsul de Francia, M. Langlais, protestó enérgicamente y elevó su queja al bajá. Este envió algunos miembros del Municipio á fin de que examinasen de qué lado estaba el derecho. En la primera información que se hizo, depusieron los armenios y demás en favor de los latinos, pero en seguida, ó temerosos ó vendidos, cambiaron de opinión. El gobernador llamó al cónsul de Francia al santísimo Sepulcro, convertido momentáneamente en tribunal, á fin de dar una solución decisiva á la cuestión pendiente. El cónsul compareció al punto en el lugar citado, y se encontró con una multitud inmensa de griegos, armenios, latinos y aun turcos que habían acudido allí ansiosos de presenciar los debates... Estos fueron tan sumarios como es posible; y contra toda justicia sentenció el inicuo bajá que la razón estaba á favor de los griegos.

M. Langlais, hombre de gran corazón y sinceramente adicto á los intereses religiosos de Tierra Santa, se sintió profundamente humillado. Protestó allí mismo de viva voz y después por escrito; se dirigió á la embajada de Francia en Constantinopla, escribió al ministro de Negocios extranjeros de París, y tuvo un momento de esperanza creyendo que las cosas se decidirían en favor de nuestros religiosos; pero después el negocio quedó entre papeles y allí duerme aún (1). Tanto ruido, se nos dirá, por una escalera... Pero esta escalera de los griegos colgada del muro de la sacristía de los Franciscanos, es como la conquista del mismo muro; de donde viene á resultar, que

(1) Algunos días después de cometerse este acto de injusticia murió repentinamente M. Langlais. La opinión común atribuyó esta desgracia al grandísimo disgusto que sufrió al ver menospreciado el protectorado de la Francia y los derechos de la Iglesia conculcados. Su pérdida fué muy sentida. Todos hicieron justicia á sus virtudes privadas, no menos que á la lealtad con que desempeñó su difícil y delicado cargo. No ha cesado todavía este concierto de merecidos elogios, cuyo eco oímos nosotros durante nuestra permanencia en Jerusalén, en donde M. Langlais se cita como el tipo del honor y de la fidelidad á su deber.

nuestros religiosos no podrán hacer reparación alguna en lo que es exclusivamente suyo, sin obtener antes el consentimiento de sus competidores. Estas complicaciones, que apenas se comprenden en Europa, son, sin embargo, demasiado reales; y harían correr no pocas veces la sangre si no fuese por la mansedumbre de los Franciscanos.

IX

El P. Guido y el obispo Nicodemo.

Mons. Milani, hoy obispo en la Toscana, hizo preparar, mientras fué Custodio, un magnífico pavimento en mármol de Carrara para la parte del Calvario perteneciente á los latinos. Cuando fué encomendado dicho pavimento, estaban en bastante buenas relaciones con los griegos, por cuya causa había una certeza moral de que no se originaría ninguna querella con este objeto. Desgraciadamente vino muy luego un firmán anunciando á Cirilo, Patriarca griego, su destitución. El infortunado viejo que había seguido siempre la vía de conciliación y que por lo mismo era muy mal visto de los suyos, á pesar de sus ochenta años, fué sacado de noche como un prisionero á son de somatén, montado en un caballo y conducido á Jafa, en donde se le embarcó para Constantinopla. Esta violenta deposición hizo fracasar las esperanzas de los latinos. Sin embargo, en el mes de Julio de 1885, el Rmo. P. Guido, siguiendo las huellas de su predecesor, quiso renovar las negociaciones con Nicodemo, el nuevo Patriarca. Este le acogió favorablemente, y le prometió no hacer oposición ninguna al pavimento del Calvario, con tal que él tampoco se opusiese á su deseo de colocar un antiguo armario que estaba antes en su coro, en el sitio llamado *los arcos de la Virgen.* Habiéndose entendido de esta suerte, se dirigieron el Custodio y el Patriarca á la capilla de la Crucifixión, y este último pidió que se le enseñase el pavimento, que le gustó mucho y convino en que podían comenzarse los trabajos el lunes siguiente.

En dos días cambió completamente de parecer.

¿Qué es lo que pasó? ¿Qué intrigas se fraguaron? No se

sabe; pero lo cierto es que nuestros religiosos, víctimas de la envidia y malevolencia, tuvieron que abandonar su proyecto y colocar en una de las galerías de la cúpula los bellos mármoles de Carrara hasta ver si llegaban tiempos mejores.

X

Los sacristanes.

Estos hechos, que podríamos multiplicar hasta lo infinito, son más que suficientes para poder apreciar la posición difícil de los Guardianes del Santo Sepulcro. Pero los más expuestos á los insultos y golpes son, á no dudarlo, los pobres sacristanes, que tienen que estar siempre en riña con el enemigo. A ellos incumbe, en efecto, la pesadísima carga de vigilar á fin de que no se introduzca novedad alguna, ni sea violada ninguna prescripción, para que nada haga perder á los herederos de los cruzados lo que les resta de los Santuarios incontrovertibles en otro tiempo, pero invadidos hoy en día por las usurpaciones de los griegos.

La iglesia reclama también cuidados excepcionales. Los frailes encargados de su aseo y conservación no duermen más de cuatro horas por día, á causa del incesante trabajo que tienen de lavar los muros ennegrecidos por el humo de tantos cirios, limpiar los altares y prepararlos, y arreglar, finalmente, y tener siempre encendida esa multitud prodigiosa de lámparas que forman la decoración ordinaria de la Basílica.

En los días de gran solemnidad, además de una limpieza extraordinaria, es necesario erigir el altar, elevar el trono pontifical, sacar de los antiguos cofres los preciosos ornamentos, las ricas lámparas de plata que son la admiración de los peregrinos, y de las cuales pesan algunas hasta sesenta kilos; disponer sobre el altar improvisado los candeleros, las palmas de oro y los vasos sagrados centellantes de pedrería; proveer, en fin, todo lo necesario para el numeroso clero que interviene en dichas funciones. Apenas se termina la ceremonia, es necesario que desaparezca todo inmediatamente, trono, altar, ornamentos, etc., etc., para ceder el puesto á los impacientes griegos

y armenios. Fácilmente se comprende después, de esto, el trabajo de los Franciscanos durante la Semana Santa, especialmente cuando coinciden, como en este año la Pascua de los latinos con la de los griegos y armenios. Cierto que hay motivo más que suficiente para perder la cabeza y desconcertar á los más valientes.